

Entonces lanza un gemido;
Nunca tan honda su pena
Sintió como en esa noche
De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa,
Quedó la calle desierta,
Matilde, cargando al niño,
Corre á la plaza siniestra,
Y su agitación es tanta,
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,
Y loca, convulsa, y ciega,
Con avidez, y con ansia,
Al fulgor de su linterna
Mira un cadáver tendido
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla
Baña la faz descompuesta,
Matilde lanza un profundo
Grito, y se desploma yerta.

V.

Cuando el sol de la mañana
Bañó montes y collados,
Y fué á buscar á los muertos
El cura humilde del barrio;
Descubrió con gran asombro,
Estrechamente abrazado,
El cadáver de una dama
Al cadáver de Lozano,
Y junto al fúnebre grupo,
Llorando en el triste campo,
Un niño que apenas muestra
Tener de existencia un año.

EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

Á IGNACIO PEREZ SALAZAR.

I.

Treinta y tres años cumplidos,
Ancha la espalda, alto el pecho,
Estatura que disfraza
El tosco vigor del cuerpo.
Ojo vivo y penetrante,
Corto el poblado cabello,
Sin un asomo de barba,
El bigote escaso y recio;
Hundido sobre las cejas
Ancho y oscuro sombrero;
Ninguna insignia en el traje,
Ningún militar arreo.
Siempre prudente y callado,
Siempre vestido de negro;
Con una calma y un modo
Tan natural, tan modesto,
Que más al verle semeja
Humilde y franco labriego,
Que luchador indomable
Y temido guerrillero,
A quien los franceses nombran,
Por su arrojo y su denuedo,
El león de las montañas,
Y que en reñidos encuentros,
Lo mismo en Venta del Aire,
Zitácuaro y Anganguero,
Probó bien cuanto á su patria
Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate
Llegó á contemplar de lejos,
Pues acompañado ó solo
Entraba siempre el primero.

Nunca contó al enemigo,
 Que donde estaba sabiendo,
 Se apresuraba á encontrarle
 Valiente pero sereno
 Como todos reposado,
 Y más que todos, resuelto;
 Al comenzar el combate,
 Al enemigo embistiendo,
 Ni la cabeza inclinaba
 Para acometerle ciego,
 Ni con destemplados gritos
 Daba á sus huestes aliento,
 El valor á sus soldados
 Brotaba con sólo verlo;
 Que una enseña es su figura,
 Su calma estóica un ejemplo,
 Nada resiste á su empuje,
 Y abre un camino su acero
 Por el que va la victoria
 Siempre sus huellas siguiendo.
 Los enemigos le temen;
 De la noche en el silencio
 Por todas partes esperan
 Como á un tigre sorprenderlo,
 Mas no valen emboscadas
 Y es vano cualquier intento,
 Que siempre burla sus planes,
 Desbarata sus proyectos,
 Y los humilla y los vence,
 Y á tanto llega su esfuerzo,
 Que como un sér protegido
 Por insondable misterio,
 Le miran propios y extraños:
 Tal es Nicolás Romero.

II.

No tuvo Riva Palacio
 En aquel glorioso tiempo
 Un soldado más adicto
 Ni un amigo más sincero.
 Y cuéntese con que andaban
 A su lado: Luis Robredo
 Que en Tacámbaro sucumbe
 A los belgas combatiendo;

El coronel Luis Carrillo,
 Que en los muros de Querétaro,
 Al frente de sus soldados,
 Exhaló el postrer aliento;
 Y Bernal, que en Uruápam,
 Asaltando un parapeto
 Dejó escaparse la vida
 Por ancha herida en el pecho.
 Y otros seres cuyos nombres
 En el polvo se escondieron,
 Y quedan allí esperando
 Que la Historia, juez supremo,
 A la vida de la gloria
 Los llame por justo premio.
 Por eso, como entre todos
 Descuella el bravo Romero,
 Y como todos lo juzgan
 En campaña el más experto,
 Dispone Riva Palacio
 Dejar á su mando el cuerpo
 Que ha combatido sin tregua
 En el Estado de México,
 Mientras él marcha á encargarse,
 En Michoacán del Gobierno,
 Y á reunir las divisiones
 Del Ejército del Centro.
 Transcurren algunos días,
 Y órdenes tiene Romero
 De ir á Tacámbaro á unirse
 Con el resto del ejército.
 Obedece como siempre,
 Precipita los aprestos,
 Y ya lista su brigada
 En marcha se pone luego.

III.

Es azarosa y terrible
 La vida del guerrillero,
 Pero lo fué más que nunca
 Sostenida en aquel tiempo
 Cuando flotaba triunfante
 La bandera del Imperio,
 Y árbitro de nuestra suerte
 Era Napoleón tercero.

El porvenir asomaba
Mostrando en el turbio cielo
Anchas nubes tormentosas,
Tristes horizontes negros,
Y al pendón republicano
Miraba con torvo ceño
La victoria, sin dejarle
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!
Unos vivos y otros muertos:
Vuestra abnegación asombra
En esa lucha, teniendo
La muerte siempre á la vista;
Y sin esperar el éxito
El mundo os miró luchando,
Que no soñábais más premio
Que combatir por la patria
Y morir por sus derechos.
Hasta ignorábais, humildes,
Que de noche, en el silencio,
Cuando las rojas hogueras
Alumbran los campamentos,
Pasaban entre las sombras,
Vuestra causa bendiciendo,
Tres espíritus sublimes
Que os dieran heróico ejemplo.
¡Hidalgo! de nuestras glorias
Impulso, móvil y centro;
Con él, un héroe que fuera
De la Independencia el genio:
El invencible de Cuautla!
El intachable Morelos!
Y con ambos la más viva
Encarnación de este pueblo:
El águila de su escudo.
¡El indomable Guerrero!
¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!
Los que tuvisteis por tienda
Praderas, montes y yermos,
Harapos por uniforme
Y abrupto peñón por lecho!
Sonará siempre mi lira

Con algún acorde tierno,
Al repetir vuestros nombres
Y al relatar vuestros hechos.
¡Cuántos dormís en el polvo!
¡Cuántos, ya tristes y viejos,
Entre olvido y amargura,
Vivís de vuestros recuerdos!
Perdidas las ilusiones,
Y la fe muerta en el pecho,
Contáis vuestras breves horas
Envidiando á los que han muerto.
Mi voz pretende sacaros
De tan hondo abatimiento,
Que si en alas polvorosas
Lleva esas glorias el tiempo
Yo que nací mexicano,
Arrebatárselas quiero,
Y como un grupo de soles
Mostrarlas al Universo:
¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!

IV.

Como vergel escondido
Entre montes gigantescos,
En donde limpios arroyos
Fertilizando aquel suelo,
Cruzan entre las parotas,
Retozan entre los ceibos,
Y se ocultan en la grana
Y después brotan ligeros,
Brindando con sus cristales
A los ganados sedientos,
Mientras se posan las garzas
En los hojosos granjenos,
Y las guacamayas cruzan
Con tardo y pausado vuelo;
Hay un grupo que semeja
Un palomar pintoresco,
Formado de blancas chozas,
En donde habitan contentos
Con sus familias humildes
Francos y altivos rancheros.
Cerca de cuarenta leguas

Distará el naciente pueblo
 De Zitácuaro, medidas
 Sobre escabrosos senderos;
 Papazindan se le llama,
 Y de la guerra el aliento
 No ha nublado todavía
 El limpio azul de su cielo.
 Una mañana se miran
 A los ardientes reflejos
 Del sol que nace, esos campos
 Poblados de guerrilleros.
 Allí pasaron la noche,
 Allí se ve el campamento
 Que formó la infantería
 De la Cañada en el centro,
 Y son aquellos soldados
 Que inspiran amor al pueblo,
 Los que en constante campaña
 Manda Nicolás Romero.
 No esperan al enemigo
 Y como libres de riesgo,
 Olvidando las fatigas,
 Descansan todos contentos.
 De súbito, se oyen tiros
 Y blasfemias y denuestos,
 Y como huracán terrible
 Que no espera el mar sereno,
 Destrozando la maleza
 Y la tierra estremeciendo,
 Furiosos se precipitan
 Enemigos regimientos,
 Acuchillando á su paso
 Y el espanto difundiendo,
 Sin dar á los más osados,
 Para defenderse, tiempo.
 Tras ese alud de jinetes
 Los infantes vienen luego,
 Y lo que aquellos comienzan
 A consumir llegan éstos.
 Nada resiste á su empuje,
 Y muertos ó prisioneros
 Quedan los que no han podido
 Ir por el bosque dispersos.
 Nada se sabe del Jefe,

Los franceses con empeño
 Por todas partes preguntan
 Si ha quedado vivo ó muerto;
 Mas como nada descubren
 Y al combate han dado término,
 Para descansar escogen
 El lugar de aquel siniestro.
 Dos horas después se mira
 Tan tranquilo todo aquello
 Que un grupo de zúavos ríe
 Contemplando á un compañero
 Que en pos de arrogante gallo
 Corre afanoso y violento.
 El animal, ya rendido,
 Por salvarse emprende el vuelo
 Y entre las ramas de un árbol
 Esconde el pintado cuerpo.
 El zúavo llega en su busca,
 Alza los ojos atento,
 Y descubre, entre el ramaje,
 Recatado un bulto negro,
 Lanza un grito de sorpresa,
 Requiere el arma violento,
 Y con grandes voces llama
 A todos sus compañeros.
 Acuden, miran, discuten,
 Gritan y le intiman prestos
 Que descienda, si no quiere
 Que sobre él rompan el fuego.
 Muévense entonces las ramas,
 Y lentamente, sin miedo,
 Baja por el tronco un hombre
 Que está vestido de negro.
 A tal novedad acuden
 Más jefes y subalternos,
 Que á la par que lo contemplan
 Le forman círculo estrecho.
 No le conoce ninguno,
 Mas él, á todo resuelto,
 Les dice con voz tranquila:
 « Yo soy Nicolás Romero ».

Al escuchar ese nombre,
 Temido por todos ellos,
 Y al contemplar desarmado

A quien vencido no vieron,
 Asoma en todos los rostros
 Con el asombro el contento.
El león de las montañas
 Presa del destino ciego,
 Más debe al propio infortunio
 Que del contrario al esfuerzo
 Hallarse entre los franceses
 Desarmado y prisionero.

V.

Aunque el sol naciente brilla
 Con deslumbrantes reflejos,
 De la ciudad opulenta
 Sobre el trasparente cielo;
 Hay algo que no se explica,
 Que pesando sobre México
 Hace que la luz se mire
 Con un color ceniciento,
 Y alumbre calles y plazas
 Como la antorcha de un féretro.
 Los ánimos conturbados,
 Los corazones opresos,
 Tristeza por todas partes,
 Por todas partes silencio.
 El menos sagaz comprende
 Que se prepara un suceso
 Tan triste, tan pavoroso,
 Tan terrible, tan funesto,
 Que al presentirlo semeja
 La ciudad un cementerio.
 Desde que rayó la aurora,
 En la penumbra se vieron
 Marchar silenciosamente
 Del enemigo extranjero
 Los pesados escuadrones,
 Los compactos regimientos;
 No distante de la plaza,
 En el oriental extremo
 De la ciudad se descubre
 Vecina de los potreros
 De Aragón, desierta plaza,
 De triste y misero aspecto.
 Cierran su humilde recinto

Albergues de carboneros,
 Y pobres chozas que alfombran
 Guijarros y polvo seco.
 Es la plaza de Mixcalco,
 Que á todos infunde miedo
 Por ser sitio en que la pena
 Capital sufren los reos;
 La ha regado mucha sangre:
 Muchos el postrer aliento
 Lanzaron allí, mirando
 Aquel contorno siniestro;
 Por eso los grises muros
 Del ángulo norte izquierdo
 Son conocidos por todos
Como el rincón de los muertos.
 Va lentamente á esa plaza,
 En gruesas ondas el pueblo,
 En pos de los batallones
 Que van llegando en silencio.
 Fórmase el cuadro, se alinean
 Los zúavos en primer término,
 Y entre sus filas asoman
 Las anchas bocas de fuego.
 Detrás cazadores de Africa,
 Que con su marcial aspecto
 A la inquieta muchedumbre
 Imponen mudo respeto.
 Alzase un rumor de pronto,
 Como el mar que ruge fiero,
 Abren paso los soldados,
 Entra todo en movimiento,
 Y en el cuadro se presenta
 El funerario cortejo
 Con el que van al cadalso
 Cuatro mártires del pueblo.
 Era el uno Roque Flores,
 Un valeroso sargento;
 El otro Encarnación Rojas,
 Alférez del mismo cuerpo;
 Higinio Alvarez, altivo
 Comandante, muy apuesto,
 En un tricolor zarape
 Con suma elegancia envuelto;
 Y con ellos muy tranquilo,

Como quien marcha á paseo,
 El valor en la mirada
 Y fumando y sonriendo,
 Al patíbulo glorioso
 Llega Nicolás Romero.
 Fórmasen á los cuatro en fila,
 Reina fúnebre silencio,
 Los tiradores preparan,
 Se da la señal de fuego,
 Y al tronar de los fusiles,
 El grito de ¡Viva México!
 Brotando de aquellas bocas,
 Van con su postrer aliento
 Por el cielo de la patria
 En nubes de gloria envuelto.

VI.

¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 Sobre vuestras tumbas crecen,
 Inmarcesibles y eternos,
 Los laureles con que adornan
 Los inmortales sus templos.
 Humildes desde la cuna,
 Nacisteis en el silencio,
 Y á la luz del patriotismo
 Que se encendió en vuestros pechos
 La historia imparcial, severa,
 Grabó con buril de fuego
 Vuestros nombres en sus altos,
 Perdurables monumentos!

EL TORDO

(21 de Mayo de 1866)

Á MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ.

Como un nido de palomas
 Que se esconde en las cañadas,
 Debajo de un cielo hermoso
 Azul, sereno y sin mancha,
 Está Huejutla, la cercan
 Sus pintorescas montañas;
 Bellas flores la perfuman
 Y tres arroyos la bañan.
 A la luz del sol naciente
 ¡Cuán risueños se destacan
 Sus tejados siempre rojos
 Y sus casas siempre blancas!
 Huejutla es la arteria rica
 Que vida y vigor derrama,
 De la Huasteca á la Sierra,
 Que las estrecha y enlaza,
 Como llave y como centro
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días
 De la intervención extraña,
 Puso el Imperio en Huejutla
 Buena parte de sus armas.
 Más de cuatrocientos hombres
 A la ciudad resguardaban,
 Provistos de cuanto puede
 Ambicionarse en campaña.
 Llegó el veintiuno de Mayo
 Del sesenta y seis. Erraba
 El gran Juárez manteniendo
 Pura de la ley el arca,
 Por los áridos desiertos
 Y los montes de Chihuahua.